

«La mano nos lleva a buscar y recibir otra mano, a dar confianza en el hombro, ánimo en la espalda, ternura en la mejilla o en el pelo»

De las manos, perfumes y regalos

— Ramón Núñez Centella —

DE LAS MANOS

Manos blancas no ofenden.
Francisco Tadeo Calomarde. Político. (1773–1842)

Otorga licencia a mis ansiosas manos, y permíteles moverse / delante, detrás, dentro, arriba, abajo. John Donne. Poeta. (1573–1631)

No le rehuséis la mano a quien solicita vuestra ayuda para levantarse. Arturo Graf. Poeta. (1848–1913)

Te besaré las manos / como a la rosa de la tarde el viento. José María Pemán. Poeta (1898–1981)

Si uno pudiera caer en sus brazos sin caer en sus manos las mujeres serían encantadoras.
Ambrose Bierce. Periodista. (1842–1914)

Es imposible dar un apretón de manos con el puño cerrado. Indira Gandhi. Política (1917–1984)

Las duras y las maduras

La primera de las frases citadas, de naturaleza proverbial e inconfundible sabor hispánico, fue immortalizada por un señor ministro que logró fama de poder soportar cualquier cosa con tal de no dejar el puesto. Era Tadeo Calomarde, quien había hecho firmar al moribundo rey Fernando VII un decreto para restablecer la ley sálica, tratando de excluir del trono a la infanta Isabel, en favor del infante don Carlos. Resultó que cuando la infanta doña Carlota —cuñada del Rey— se enteró de tal maniobra no tuvo mejor idea que ir a ver al citado ministro y propinarle una solemne bofetada. Al recibirla, el ministro de Gracia y Justicia respondió con la frase que se comenta, guardando naturalmente las distancias y sin poner la otra mejilla. La historia



dice que fue un 23 de septiembre de 1832 cuando tuvo lugar aquella escena que, aunque incruenta, de alguna manera sugería los prolegómenos de la primera guerra carlista. Pensando ahora en otros tiempos podríamos concluir que las decisiones de ministros que implican a señoras pueden tener un final de lo más variado. Pero por aquí no sigo. Digamos que esta cuestión se refiere a un uso excepcional de las manos.

Porque lo normal es ver y recordar las manos asociadas a momentos de compañía, encuentro, cariño o apoyo. La mano nos lleva a buscar y recibir otra mano, a dar confianza en el hombro, ánimo en la espalda, ternura en la mejilla o en el pelo. Nos permite otros niveles de comunicación. El contacto físico representa siempre un nivel de relación más sencillo y directo, y

también con más posibilidades de intimidad, que el que podemos conseguir con la mirada.

Hace una generación, los Beatles cantaban aquello de «I wanna hold your haaaaand», mientras Fraçoise Hardy describía una tierna escena en la que los chicos y chicas de su edad iban por la calle de dos en dos, mirándose a los ojos «et la main dans sa main». Recuerdo que Salvatore Adamo era algo más avanzado y llegaba a hablar de «mis manos en tu cintura». Por entonces la capacidad de expresión de muchas parejas terminaba en «hacer manitas», mientras otros pretendían un mensaje bastante más unidireccional, conocido por palabras tan indefinidas y concretas al mismo tiempo como «meter mano». Las cosas normalmente terminaban en la petición y concesión (de mano, por supuesto). También había quien a la fuerza tenía que resignarse, y decía aquello de «puesto que doña Leonor no me quiere, renuncio generosamente a la mano de doña Leonor». Es decir, no están maduras.

DE LOS REGALOS

Mientras se acepte un regalo con elegancia ya se da algo a cambio, aun sin tener nada que dar a cambio. James H. Leigh. Periodista. (1784-1859)



No recibas regalos, porque ciegan a los más prudentes, y pervierten las palabras de los justos. Libro del Éxodo. (23-8)

Tu destino está esclavizado si no esperas ningún regalo de la casualidad. Arnold Matthew. Escritor. (1822-1888)

Se dice que los regalos persuaden incluso a los dioses. Eurípides. Poeta. (480-406 aC)

Ofrezco regalos a la madre, pero pienso en la hija. Johann W. Goethe. Escritor. (1749-1832)

El amor que se alimenta de regalos siempre tiene hambre. Proverbio inglés.

El monolito de la concordia

En una dedicatoria de «El castigo sin venganza», Lope de Vega dejó escrito que «en los amigos, los presentes son amor, en los amantes, cuidado, en los pretendientes, cohecho, en los obligados, agradecimiento, en los señores, favor, en los criados, servicio». No tengo nada claro si ese catálogo de razones del regalo tiene algo que ver con el título, el tema de la obra o el destinatario, pero se me ocurre que falta algo, y que hay algunos presentes que, vengan de quien vengan, pueden suponer un auténtico castigo si se reciben. Sobre todo si no se piensa bien la cosa antes de recogerlos.

Por ejemplo, los regalos excesivos. Al margen del caballo de Troya, quizás uno de los más incómodos haya sido el obelisco que hoy sirve de centro a la plaza de la Concordia en París. Era uno de los dos enormes monolitos que estaban a la entrada del palacio de Ramsés, cerca de Luxor, y fue ofrecido a Francia en 1831 por el virrey de Egipto. Pero tenían que ser los franceses quienes se lo llevaran, y así empezaron los problemas. El regalito pesaba 22.220 kilos, y la marina gala de entonces no tenía un barco capaz de transportarlo, con lo que tuvieron que hacer uno especial. Eran tiempos en que aún casi no se empleaba el hierro en la construcción naval y todavía estaban apareciendo las primeras máquinas de vapor, e hicieron un navío de madera, con la proa desmontable y diseñándolo para que pudiese ser remolcado primero por el Nilo y después hasta Francia. Aquella operación trajo de cabeza a los precipitados franceses. Por ejemplo, después de que tenían el barco perfectamente asentado para recibir el peso, sucedió que —como era de esperar en aquella época del año— disminuyó el nivel del río, la embarcación quedó en seco y durante dos meses y medio hubo que remojarse el caso continuamente porque se agrietaba con el intenso calor. Después, la operación de acostar el monolito necesitó de más de cien hombres que manejaban un complicado sistema de poleas y no estuvo exenta de riesgos, lo mismo que el transporte por mar, sin que faltase una tempestad que hizo pensar que todo se iría a pique.

Pero al final, la cosa terminó bien. Tras subir el barco por el Sena hasta París, se llevó el monolito al centro de la plaza, donde doscientas mil personas presenciaron durante tres horas el numerito del enderezamiento. Todos serían satisfacciones. Aquel regalo que tantos quebraderos de cabeza había dado es hoy, además de un hito, un símbolo de la Concordia.

PARFUM
N°5
CHANEL
PARIS

DE LOS PERFUMES

Mi alma nada en los perfumes como la de los otros hombres en la música. Charles Baudelaire. Poeta. (1821-1867)

Oler un perfume anuncia la llegada de una mujer y prolonga su partida. Gabrielle

«Coco» Chanel. Diseñadora de modas. (1883-1971)

Nuestra memoria se construye con los perfumes de las almas. Aurora Dupin (George) Sand. Escritora. (1804-1876)

Todo lo que no es un color, ni un perfume, ni una música, es una puerilidad. Boris Vian. (1920-1959)

¿Se puede recordar el amor? Es como querer conjugar el aroma de las rosas en un sótano. Podrías ver la rosa, pero el perfume, jamás. Y es esa la verdad de las cosas ¿no te parece?: su perfume. Arthur Miller. Escritor. (1915-?)

El hacer favores a un ingrato es como aplicar perfumes a un muerto. Plutarco de Queronea. Escritor. (45-120)

Chanel número cinco

Gabrielle Bonheur Chanel —«Coco» para casi todos— diseñó cortes, formas, materiales y estilos de vestir en los felices años 20 y nos dejó su nombre convertido en el más emblemático de los perfumes. Cuando desde entonces tantas cosas han pasado de moda, resulta que el Chanel número cinco va a cumplir 75 años, y parece que sin envejecer. Como suele pasar en estos casos, el éxito podrá achacarse a distintos factores, no siendo el menos importante la publicidad obtenida cuando todo el mundo pudo escandalizarse de que aquel perfume fuera el único atiendo nocturno de Marilyn Monroe hace cuarenta años. Respetando que los analistas de mercado pensarán en estrategias de publicidad y en elegancias de imagen como las claves del triunfo, debemos también dar a la química el reconocimiento por la parte que le corresponde.

Puede que sea una de las ciencias con peor cartel popular, como lo probaría el sentido de menosprecio que tiene el afirmar de algo que «es todo química». A ella se achacan las adulteraciones, los fraudes y, en general, el competir con la naturaleza de forma desleal. Quizás el mundo de la perfumería podría servir para iniciar una posible reconciliación de los hombres con la química, si pensamos, por ejemplo, que un perfume no es más que una cosa invisible capaz de transformar en placer algo tan imprescindible como respirar.

El chanel número cinco fue un hito en la química de los perfumes, entre otras razones, por ser el primero que incorporó a su composición una fragancia completamente sintética. La «nota de salida», que así se llama lo que primero se aprecia de ese perfume por ser el componente más volátil, no era un extracto de plantas, flores ni secreciones animales sino un prosaico aldehído de once átomos de carbono. El metil nótal acetaldehído se convertiría así en el más elegante de una familia de compuestos de carbono famosos por su olor agradable. Evidentemente, el perfume es mucho más. No sólo son importantes todos sus componentes químicos, sino la proporción en que se han mezclado. Y también, sobre todo, aquellas sustancias que dan la «nota de fondo», que son las menos volátiles y pasan casi imperceptibles al principio, pero permanecen después de las horas. Son las notas que despiertan emociones, evocan escenarios y sugieren experiencias. Son las que materializan los encuentros cuerpo a cuerpo. Algún viejo adolescente todavía recuerda el olor que un día quedó impregnado en su camisa.